

La UMAP: ¿el nuevo racismo temprano?

Lourdes Chacón Núñez
Psicóloga
Manzanillo, Cuba

Mientras más me acerco al fenómeno del racismo, más claro que me queda el concepto: racismo es toda práctica e ideología que trata de justificar la superioridad, y por tanto, la jerarquía y dominación de determinados grupos humanos sobre otros, apoyadas en rasgos, visiones del mundo y prácticas culturales que distinguen a la diversidad.

Este concepto nace alrededor de las diferencias étnicas y los rasgos biológicos en la diversidad de razas. El racismo se concibe únicamente cuando diferencias étnicas o biológicas se ponen de manifiesto, pero desde sus inicios la pretensión de superioridad tenía que ver más con la profunda diferenciación cultural que con las cuestiones étnicas, el color de la piel y otras evidentes diferencias entre las distintas razas.

La lucha contra el racismo comenzó a tener éxito cuando rebasó la estrechez originaria de su concepto. Una buena manera de entenderlo es que entre *Hutus* y *Tutsis* hay racismo, aunque ambas etnias ruandeses sean negras, y que el nazismo era racismo ejercido también contra otras derivaciones del mismo tronco caucásico.

El finado pensador francés Michel Foucault define la noción de racismo a partir

de rasgos y prácticas culturales. Los judíos fueron y son víctimas de un racismo que los blancos ejercieron prácticamente contra ellos. La confusión nace, por tanto, de la etimología de una palabra que abarca mucho más que su acepción biológica y morfológica. Luchar contra el racismo, a partir de su concepto original, pasa por alto esos elementos fundamentales y condena al fracaso todo propósito anti-racista.

En el fondo es cierto que, biológicamente, hay diferencias; por ejemplo, entre negros y blancos. Pero lo importante estriba en si las diferencias son excusas para discriminar y bastan por sí solas para edificar el sólido edificio del racismo, que dura ya demasiado.

En la cultura radica la base para entender la ideología del desprecio y la discriminación entre diferentes grupos humanos. Y con este concepto me acerco al fenómeno de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), para mirarlo como expresión de los nuevos racismos tempranos dentro del proceso revolucionario, que se sumaban al racismo histórico contra los negros y mestizos.

La UMAP se creó el 26 de noviembre de 1965 y fue clausurada el 30 de junio de 1968. Esos tres años marcaron dolorosamente la vida de unos 20 mil cubanos, jóvenes en su gran

mayoría, que vieron frustrados sus sueños más preciados, al ser reclutados de manera brutal para integrar conjuntos humanos bajo régimen de trabajo forzado.

El gobierno cubano no ha divulgado aquel pasaje ni siquiera en momentos en que se intenta dar vitalidad a uno de los grupos que más sufrieron por aquella política: los homosexuales. La razón para tal enmascaramiento del pasado yace en la terrible memoria, conocida de algún modo por numerosos testimonios, acerca de la brutalidad del reclutamiento y confinamiento ..

El propósito de la UMAP es revelador. Según el gobierno, se trataba de reeducar a los jóvenes que no entraban en el concepto del revolucionario fervoroso. ¿Y quiénes eran esos jóvenes? Los integrantes de lo que ya se conocía como las minorías, que por la misma época animaban en Francia, Suecia, Argentina y los Estados Unidos un cambio cultural cuyos efectos se sienten hasta hoy. Homosexuales, hippies, religiosos —minorías o mayorías, según se cuente— que atesoraban sus rasgos culturales, sus visiones del mundo y sus prácticas rituales en plena contradicción con los «nuevos modales» y nuevas concepciones de la sociedad que se pretendían instaurar en Cuba.

Si no fuimos influidos por Mayo del 68, fue porque sus protagonistas cubanos ya habían sido previamente encarcelados en la UMAP. Esta política, que afortunadamente, duró poco tiempo, aunque demasiado para sus víctimas, preparó el terreno para las políticas posteriores de marginación, una de las prácticas racistas más recurrentes, que metió en guetos reprimidos y autoreprimidos a esos grupos, que compartían rituales, mentalidad, símbolos y prácticas específicas.

En las universidades, en los centros de trabajo, en las comunidades y en sus propios mundos, estas personas sufrieron durante décadas el ostracismo al que son condenados todos los

discriminados. Su suerte fue la misma que la de los negros que no pudieron renunciar a sus prácticas religiosas y atesoraron el pasado más o menos intacto.

Es cierto que a la UMAP no sólo fueron minorías racialmente maltratadas: también fueron inconformes, rebeldes con o sin causa, intelectuales de obra «dudosa», gente que no quería trabajar o que se negaba a prestar servicio militar. Es decir: fue una mezcla entre intolerancia cultural e intolerancia ideológica, que escandalizó más al mundo por la represión política que significaba y la humillación de que fueron objeto, que por las directrices políticas y prácticas racistas que servían de suelo.

Los testimonios son claros. La degradación y denigración, los malos tratos y el ultraje llenaron los capítulos tristes del dolor, la marca, la rabia y la frustración viva de quienes fueron considerados los malos de la película recién estrenada.

En la UMAP había delincuentes confesos al lado de ex dirigentes de Cubana de Aviación, homosexuales, cristianos, estudiantes de seminarios religiosos (como el Bautista) y Testigos de Jehová: Estos últimos mantenían una conducta social intachable, pero fueron catalogados como lacra social y mirados así por gran parte de la sociedad.

Los procedimientos ocultos y expeditos fueron otro manto que enmascaró la naturaleza del proyecto. Hubo jóvenes que fueron citados al servicio militar y se presentaron sin imaginar su verdadero destino, en muchos casos sin aviso a sus familiares. Otros fueron sacados de sus centros de trabajo y conducidos a regiones distantes, como los habaneros trasladados a Camagüey, asiento principal de los campamentos de la UMAP.

La prensa oficial mostró la urgencia política y el propósito educativo del proyecto. En su edición del jueves 14 de abril de 1966, *Granma* publicó un artículo de Luis Báez, que

en uno de sus pasajes más ilustrativos reza: «La U.M.A.P. no es un lugar de castigo, allí los jóvenes que ingresan no son mirados con desprecio, al contrario, son bien recibidos. Están sujetos a una disciplina militar. Son bien tratados y se procura la manera de ayudarlos a que superen su actitud. A que cambien. A que aprendan. Se trata de convertirlos en hombres útiles a la sociedad. Cuando comenzaron a llegar los primeros grupos que no eran nada buenos algunos oficiales no tuvieron la paciencia necesaria ni la experiencia requerida y perdieron los estribos».

Disciplina militar, superación de actitudes, cambio, aprendizaje y conversión a la utilidad son precisamente instrumentos que se emplean para el lavado cultural de las concepciones, rituales y prácticas de las minorías que no entran por el canal fundamental de la nueva pedagogía orientada a producir un nuevo tipo cultural. Puede ser a la fuerza, a través de la disciplina militar y del castigo de esos «primeros grupos que no eran nada buenos», o a través de la escuela y otros espacios culturales destinados al control de los puros.

Aunque Luis Báez está incapacitado para describir el sufrimiento real de personas reales

en lugares reales, como sí podrían hacerlo las víctimas de aquel drama, su descripción es harto suficiente para revelar la frialdad de un proyecto que puede pensarse y ejecutarse tan solo con una visión racista en la que no pueden existir grupos específicos, con sus propios modos y modas, sino un tipo humano único que satisfaga intereses ajenos. Eso fue la UMAP: la muestra brutal de los nuevos racimos que se instalaron en 1959 y que luego fueron bien estructurados en las políticas laborales, culturales e ideológicas de la revolución cubana, intolerantes a las minorías o a las que se consideran como tales: los negros, los homosexuales, los grupos raros, sean místicos o practicantes de religiones extrañas que no pueden ser controladas por el Estado.

Hoy estas minorías regresan a la sociedad. Una revancha cultural contra la UMAP, con la promesa de ayudar a combatir todas las formas de racimos, las antiguas y las modernas, como esas que se resumen en el uso del vocablo *palestinos* para referirse a determinados grupos sociales.